



NOTAS SOBRE LA LECTURA Y TRADUCCIÓN DE *LA ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD* DE NIKLAS LUHMANN

Aldo Mascareño

Universidad Adolfo Ibáñez y Núcleo Milenio Modelos de Crisis

| aldo.mascareno@uai.cl |

Anahí Urquiza y Lionel Lewkow, acuciosos investigadores no solo de la obra general de Niklas Luhmann, sino también de los despliegues contemporáneos de la teoría de sistemas en distintos ámbitos y en diversas extensiones teóricas, han mostrado ya el valor de *La economía de la sociedad* de Niklas Luhmann. Mientras Urquiza aporta una precisa síntesis del libro en general y pone énfasis en la problemática ambiental que enfrenta al presente de la sociedad mundial con su futuro (tema en el cual Anahí Urquiza es experta), Lewkow, traductor de Simmel, después de identificar claramente los ejes principales del libro, elige la reflexión sobre el dinero para su reconstrucción; ello le permite situar la obra de Luhmann en su relación con la cada día más atractiva y densa sociología de la economía.

En algunos de sus libros Niklas Luhmann indicaba que ellos podían ser leídos en un orden distinto al que el autor mismo había elegido. Se trataba de una afirmación performativa: si la teoría proclamaba la autorreferencialidad del sistema, la propia teoría tendría que serlo. Así, el mismo flujo de comunicación tendría que llevar desde la entrada que se



elija hacia otras selecciones posibles, pues en la autorreferencia no hay inicio ni fin. Francamente, no sé si esto resulte para cada lector de Luhmann, pero claramente Urquiza y Lewkow nos muestran que la anticipación de Luhmann es plausible. Por vías distintas, ellos nos revelan un punto que a mi juicio es clave en la lectura fundamentalmente sociológica de *La economía de la sociedad*: que la fascinación con ese logro evolutivo que es la economía moderna tiene también lados oscuros, *diabólicos*, como le gusta llamar a Luhmann en este libro; por ejemplo, en la (auto)producción de una crisis ambiental (Urquiza) o en la construcción de desigualdad (Lewkow). Ello se puede enmarcar en lo que a mi juicio es una de las mayores contribuciones de Luhmann a la teoría sociológica contemporánea: la renovación, profundización y despliegue de la teoría de los medios de comunicación simbólicamente generalizados.

En la cultura popular, incluso la expulsión de los mercaderes del templo ya podría contar como expresión del carácter diabólico del dinero. En la cultura crítica, solo basta recordar a Marx. En ambos casos había que expiar y exorcizar, sea mediante azotes o mediante la revolución. En la cultura sistémica, en tanto, no se puede gastar sin vender el alma. O dicho de forma menos irritante, quien transfiere dinero a cambio de propiedad presente o futura transfiere libertad de uso y realiza sociedad, pero debe saber que excluye doblemente a un tercero: lo excluye del dinero y de la propiedad. La unidad (*symbolon*) y la división (*dyabolon*) “no se venden por separado” en la economía moderna. Ese es el origen conductual de la escasez: dejamos a los demás (y los demás nos dejan) sin las provisiones que creemos necesarias para asegurar nuestro futuro.

Si bien esta conducta ha existido desde antiguo, en la modernidad se une a una radical innovación epistemológica: el presente ahora importa en la perspectiva del futuro (progreso, desarrollo, finalidad). De ello sigue



la generalización de la conducta “económica”, es decir, todos buscamos hacer probable nuestra subsistencia futura apropiándonos en el presente de lo que también podría ser útil para otros; o también nos apropiamos del dinero por la vía del dinero inventando pagos de posibles pagos o de impagos futuros en el sistema financiero. El rendimiento más extravagante del medio dinero es que si pagamos por ello, la motivación de todos a la expropiación de los demás disminuye notablemente. El dinero es un formidable *peacemaker*. Aceptamos desigualdades, felicidades ajenas, privilegios de uso, un futuro ambientalmente catastrófico, ganancias desmedidas incluso con nuestros propios ahorros; renunciamos a recuerdos, muchas veces a dignidades y, sin duda, a futuros posibles solo porque alguien paga –por más pagamos. Todo ese orden de cosas no se puede mantener únicamente por la amenaza de uso de la violencia contra los expropiadores (en todo caso, otro medio simbólico: el poder); se mantiene en alta medida por la unidad de unidad y diferencia que el medio de comunicación simbólicamente generalizado dinero nos ofrece, al menos desde hace dos siglos, cuando reemplazó en centralidad al primer medio de la economía: la propiedad.

Me parece que la novedad de la ilustración de Luhmann sobre la economía moderna –para decirlo en el lenguaje fantástico de la religión– es que Dios y el Demonio son coextensivos: si uno quiere evangelizar con la economía tiene que aceptar la miseria que produce; si uno quiere demonizar a la economía tiene que aceptar el riesgo de que la propiedad de bienes o dinero nos evangelice. Se puede ser fuerte frente a la tentación; pero la economía siempre puede preguntar *¿cuál es el precio?* Esta figura –técnicamente, la unidad de unidad y diferencia que el dinero produce– puede ser también explorada en otros medios simbólicos. ¿Quién podría decir que el amor no tiene una dimensión diabólica paralela a la simbólica,



o que el poder no une y separa a la vez? Quien conozca algo de los medios simbólicos no podría sorprenderse de la *posverdad*: la verdad siempre ha sido una distinción del observador, sean sus mecanismos la fe o los métodos y teorías. Y quien afirme la validez sustantiva de una decisión jurídica, puede preguntar a los condenados qué opinan al respecto.

Varios tópicos relevantes del libro se pueden apreciar en estas líneas que preceden, así como en las reseñas de Urquiza y Lewkow. Por lo pronto, la centralidad y dualidad del medio dinero; también la socialidad de la escasez en tanto construcción social, la dificultad de conducir a la economía desde el exterior de la economía, la descomposición del mercado en observadores (organizaciones) que se observan mutuamente, las conductas de decisión que ellos toman y los riesgos que tales decisiones comportan. Cuando uno pone todo esto en conjunto, es imposible imaginar que la economía pueda ser un sistema en equilibrio. A mi juicio, este es otro de los claros mensajes que Luhmann nos ofrece: la economía moderna es desequilibrio puro. Controla su inestabilidad (de precios, de compraventas, de organizaciones, de decisiones) por medio de más inestabilidad (variaciones de precios, más transacciones, quiebras y nuevas decisiones). Dicho en el lenguaje de las teorías contemporáneas de la complejidad, la economía se muestra como un sistema críticamente auto-organizado, que opera *near to criticality*, adaptando sus estructuras a la inestabilidad del mundo. Esto no la libera de avalanchas mayores, pero la sostiene de modo mucho más robusto que lo que la teoría clásica del equilibrio económico podía anticipar. Descomposición y recombinación llama Luhmann a esta estrategia, la que no solo debe entenderse como un mecanismo dinámico del sistema, sino también de la teoría que lo entiende –otro sistema, al fin y al cabo.



Como Urquiza y Lewkow anuncian, y como también lo he destacado en la Introducción, *La economía de la sociedad* es el primer libro sobre un sistema social particular después de *Sistemas sociales*. Si alguien quisiera hacer la historia de las ideas en la bibliografía luhmanniana, *La economía de la sociedad* sería un libro clave. En él se observan complejamente combinados el planteamiento sistémico y una teoría conductual de la acción. Digo “conductual” pues si bien Luhmann arrancó en los años sesenta del siglo veinte desde la teoría de la acción, su planteamiento nunca fue subjetivista y, sostengo, nunca fue realmente fenomenológico, sino que más bien proponía lo que llamaría una *teoría conductal de la acción* en la que los rechazos y aceptaciones de ego de la acción de alter generan patrones emergentes de conducta que forman sistemas sociales. En el planteamiento comunicacional posterior esto queda integrado como actos de enlace de los eventos comunicativos. En *La economía de la sociedad*, sin embargo, la teoría conductual de la acción opera en propiedad junto a una emergente teoría de la comunicación. Esto hace más comprensible el texto a los no iniciados en la autopoiesis de la autopoiesis, y más interesante para quienes no quieran ver a Luhmann como fanático autopoietico.

En *La economía de la sociedad* Niklas Luhmann también revela la motivación de su fase final contenida en aquella fórmula programática “[El sistema] de la sociedad”. Sobre esto se pueden decir varias cosas. Por lo pronto, lo que Luhmann revela: la fórmula evita hablar del sistema por un lado y de la sociedad por otro, como si fueran entidades distintas (Parsons y Weber lo habían hecho de ese modo). Pero también la fórmula anuncia otros elementos del programa: indica que el sistema, en este caso la economía, es una producción de la sociedad; que la operación económica no es no-social (o instrumental), sino que es operación de la sociedad; que



la economía es una construcción social (*de la sociedad*) y no un estado natural; que al ser economía *de la sociedad*, y solo posible *en la sociedad*, no puede estar *disembedded* de la sociedad y que, por ello, hay que considerarla una realización de sociedad contenida en la sociedad. Asimismo, la fórmula indica que hay *una* sociedad y no distintas sociedades regionales; que la economía de la política de la sociedad (por ejemplo), es una economía distinta de la economía de la sociedad; y que, luego, diferentes observaciones de la economía y de otros sistemas se pueden hacer desde dentro de la sociedad. Igualmente, la fórmula anuncia que “la sociedad de la sociedad” es la sociedad que la sociedad se inventa para funcionar como sociedad.

Si todo esto es cierto, y se sigue consecuentemente, entonces el círculo autorreferente de la teoría encuentra uno de sus bordes, su horizonte de eventos, por así decirlo: la sociedad de la sociedad, así como la economía, la política, el derecho, la ciencia, la moral, la religión, el arte de la sociedad, son creaciones contingentes de la misma sociedad; no son imposibles, pero tampoco necesarias. Los sistemas sociales tienen los fundamentos que ellos se forman para sí mismos en la sociedad; ni Dios ni el Demonio podrían decir qué hay más allá. Justamente porque operan sobre un *continuum* de contingencia, las dinámicas sistémicas pueden superar sus propios umbrales críticos y llevar al cambio radical de sus estructuras, o pueden resistir absorbiendo perturbaciones. Entonces, “sociedad de la sociedad” quiere decir también que la sociedad acepta distintas versiones de sí misma.

Como en todo libro de Luhmann, en este hay más de lo que su título anuncia. Hay aquí un esbozo de una teoría de la evolución de las ideas, también una formulación original de una teoría sociológica de la decisión, así como otra de la regulación. Hay también historia del pensamiento



económico y análisis empíricos de la relación entre estructura social y semántica. Justamente la reconstrucción del surgimiento del medio dinero (distribuida en varios capítulos) es una ilustración práctica del modo en que Luhmann entiende el vínculo entre semántica y estructura, así como también lo es la evolución ‘ideológico-institucional’ de los siglos diecinueve y veinte observada mediante las variaciones en la trilogía capital/trabajo/consumo, que siempre debe contar con un tercero excluido. Esta es una historia alternativa a la contada por el marxismo, con alta ironía –no la lea si usted es una persona sensible.

Antes de concluir, quiero agradecer a Anahí Urquiza y Lionel Lewkow sus generosas menciones al trabajo de traducción. La honestidad intelectual de ellos me hace creer que tales consideraciones no se deben a la colegialidad ni a la amistad que mantenemos y me permiten decir algo sobre esto. No ha sido esta mi primera traducción desde el alemán. Varios artículos y capítulos de libro, especialmente de Helmut Willke (con quien trabajé en Bielefeld durante mis años de investigación doctoral), ya habían sido objeto de mi “atención”. Con él, siempre puedo consultar dudas de comprensión para seleccionar la mejor traducción, pero obviamente en el caso de Luhmann esto no era posible, por mucha trascendencia que la religión de la sociedad crea tener.

Al contrario de la opinión común, no considero la traducción un trabajo ingrato u horrorosamente complejo; tampoco una inevitable traición. En mi caso al menos, traducir fue un acto consustancial a aprender un nuevo idioma. Puesto que no aprendí alemán en la lejana infancia, mi aproximación en la adultez fue teórica y por reglas. Más que hablar (cuya disposición depende al inicio de la desfachatez de cada personalidad), me interesaba sobre todo escribir, y para eso, recrear en alemán lo que podía pensar en español o inglés era un juego hermenéutico-algorítmico. En tal



tarea, siempre me fue de gran utilidad la lectura idiomática de textos técnicos que me parecían impecablemente traducidos al español. *Verdad y método* de Gadamer fue el principal. Después de haberlo leído y releído por varios años, mi motivación era escribir en el alemán de ese libro. Este fue uno de los dos libros en español que llevé a Alemania (el otro era, por supuesto, *Sistemas sociales*); y fue el primero que compré en alemán para comparar el original con su traducción y así internarme en la praxis de la escritura. Esta estrategia me permitió, por un lado, acceder al sentido de los algoritmos idiomáticos alemanes *puestos en movimiento hermenéutico* y, por otro, reconocer también su amplia flexibilidad para actualizar sentido.

Transformar los propios pensamientos en texto es ya un ejercicio de traducción. Llevarlos a otro idioma, sea segundo, tercero, o incluso traerlos a la lengua nativa, supone una doble operación, primero una descomposición en unidades de sentido y luego una recombinación del sentido en unidades lingüísticas. Buena parte de la obra de Luhmann se basa en la traducción entendida de este modo: descomponer el sentido de los conceptos sociológicos de la tradición y recombinarlo en términos de teoría de sistemas. En varios pasajes de *La economía de la sociedad* Luhmann emplea esta distinción entre descomposición y recombinación como descripción de su técnica teórica, pero también como mecanismo sistémico de control de inestabilidad por medio de inestabilidad. Quizás sea esta distinción también el código de la traducción, de cómo la sociedad opera para traducirse a sí misma.

Me parece que lo fundamental de la descomposición/recombinación de la traducción, es comprender (es decir, sintetizar selección de información y conducta de notificación) el *aire de familia conceptual del horizonte de sentido del autor*. Si esto se logra –habida cuenta de conocer las posibilidades del propio idioma– el lector no debiera



reparar que lee algo escrito en otro idioma. Con esto a la vez digo que quien no sabe del autor que traduce, mejor se abstenga de traducir, o se asesore con los que conocen el sentido (y no solo los términos), pues de no hacerlo entonces la “capacidad de enlace de la comunicación sistémica” (*die Anschlussfähigkeit der systemischen Kommunikation*) se puede transformar en algo así como “la aptitud vinculante de la comunicación sistemática”, o infamias por el estilo.

En relación a la traducción particular de *La economía de la sociedad*, el método consistió, inicialmente, en copiar páginas del archivo pdf del original en alemán al archivo de Word en el que iba realizando la traducción. La segunda pantalla y varios escritorios virtuales mantenían abiertos distintos diccionarios online de alemán-alemán, español-español y alemán-español. Asimismo, otros traductores contextuales fueron de utilidad. Los algoritmos de *Google Translate* aún están –con el perdón de los niños de la sociedad mundial– en Kindergarten, por lo que no los empleé ni contribuí a su aprendizaje.

Una estrategia muy relevante para mantener la unidad de sentido de la teoría de sistemas en habla hispana, fue tener en mente y al alcance la obra de Luhmann en español traducida principalmente por Javier Torres Nafarrate. Muchas de las decisiones de traducción ya no son, en realidad, decisiones, sino automatismos que se expresan del mismo modo desde hace más de veinte años. Esta es una notable ventaja. Sin duda otros conceptos pueden variar, y otros los he tenido que recrear, como descomposición/recombinación, por ejemplo.

Inicialmente traduje el Capítulo 7: Dinero como medio de comunicación, con la intención de que mis estudiantes lo leyeran. Lo hayan hecho o no, luego seguí ordenadamente traduciendo desde el Prefacio hasta el Capítulo 10. Aunque en la Introducción afirmo que no



hice cambios al índice analítico (esa era la intención original), como lo observa Lewkow, efectivamente sí lo amplié, tanto en páginas donde se tratan los temas referidos como en algunas entradas nuevas. Esto me pareció pertinente, pues el índice original era más terminológico que realmente analítico. Igualmente agregué un índice con títulos al interior de los capítulos para quien quiera cumplir con la expectativa de Luhmann y acceder al texto desde cualquier entrada.

La traducción es una operación. Como toda operación, siempre es poiética, pero es más alopoiética que autopoiética; sus condiciones de borde son las posibilidades de sentido del horizonte de referencia; en este caso, el *universo de Luhmann*. Traducir, por tanto, es una práctica de actualización conceptual antes que terminológica: es simbólica porque une mundos de lenguaje; y es diabólica porque la separación de esos mundos es inmanente a la unidad propuesta en la traducción. Si hay quiebres de sentido, el tercero excluido de esta praxis, el lector, ahora puede comenzar a poner de su parte.

Sobre el autor

Aldo Mascareño es Doctor en Sociología por la Universidad de Bielefeld, Alemania. Profesor Titular de la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez y Director del Núcleo Milenio Modelos de Crisis (NS130017). Agradezco a los editores, Rodrigo Cordero y Francisco Salinas, la invitación a reflexionar sobre *la traducción* (en general y en particular) y sus comentarios a una versión previa de este texto.